



¡Somos semillas de Dios para el mundo!

21/07/2010

Evangelio: Mt 13,1-9

Un día salió Jesús de la casa donde se hospedaba y se sentó a la orilla del mar. Se reunió en torno suyo tanta gente, que Él se vio obligado a subir a una barca, donde se sentó, mientras la gente permanecía en la orilla. Entonces Jesús les habló de muchas cosas en parábolas y les dijo:

«Una vez salió un sembrador a sembrar, y al ir arrojando la semilla, unos granos cayeron a lo largo del camino; vinieron los pájaros y se los comieron. Otros granos cayeron en terreno pedregoso, que tenía poca tierra; ahí germinaron pronto, porque la tierra no era gruesa; pero cuando subió el sol, los brotes se marchitaron, y como no tenían raíces, se secaron. Otros cayeron entre espinos, y cuando los espinos crecieron, sofocaron las plantitas. Otros granos cayeron en tierra buena y dieron fruto: unos, ciento por uno; otros, sesenta; y otros, treinta. El que tenga oídos, que oiga».

Oración introductoria:

Gracias Señor por este tiempo de oración, ayúdame a aprovecharlo bien. Incrementa mi fe para que pueda descubrirte en lo ordinario de cada día. Aumenta mi esperanza para que pueda confiar en ti siempre. Ensancha mi amor para serte fiel en los detalles más pequeños de mi vida.

Petición:

Señor, concédeme vivir muy unido a ti, para dar muchos frutos para la misión.

Meditación:

Cada uno de nosotros es una semilla que Dios ha sembrado en el mundo y nos llama a dar fruto ahí en el lugar donde nos ha sembrado. El día de nuestro bautismo recibimos el don del Espíritu Santo y las virtudes teologales. No podemos contentarnos con tener el mensaje del evangelio sólo para nosotros. ¡Somos sembradores y enviados de Dios! Plantemos semillas de paz, de fe, de perdón, de unidad. No hay nada más grande y hermoso que dar testimonio de Cristo en el mundo. Difundamos nuestra fe en la familia, en el trabajo, en la sociedad, en la Iglesia. El único camino para lograrlo es morir a nosotros mismos, como la semilla del evangelio, a fin de dar fruto. Analicemos nuestro interior y veamos cuánto fruto estamos dando por Cristo y por la Iglesia, cuánto de nuestro tiempo lo dedicamos a hacer algo por Cristo, cuántos de nuestros bienes los ponemos al servicio de los demás, cuántas de nuestras cualidades las estamos invirtiendo en bien de los otros.

Reflexión apostólica:

Somos portadores de un mensaje que no podemos callar ni guardar para nosotros mismos. Es imposible conocer y amar a Cristo y no darlo a los demás. Hay muchos hombres que están esperando que les demos a Cristo. No escatimemos ningún esfuerzo en el apostolado según nuestro carisma en el *Regnum Christi*.

Propósito:

Ser fermento cristiano en mi trabajo o lugar de estudio.

Diálogo con Cristo:

Señor, desde la eternidad has sembrado en mi corazón una vocación con amor eterno, como una semilla destinada a crecer y a dar frutos. Ayúdame a vivir con el constante deseo de trabajar por ti y corresponderte como Tú te mereces.

«Campo, tierra fértil, morir en el surco, semilla, espigas doradas, triturarse como el grano, amasar y cocer las hostias... ¡Qué bella imagen!, ¡qué enjundiosa meditación de lo que debe ser nuestra vida!» ([Cristo al centro](#), n. 2170).